



LA HISTORIA DE AMÉRICA, FUENTE DEL ANTIGUO

TEATRO ESPAÑOL

(*Conclusión*)

AL.—Ya las manos le han cortado
al indio.

GAR.— ¿Y cómo ha quedado?

AL.—Una piedra en él contemplo,
porque apenas en la mano
sinistra del inhumano
cuchillo al golpe cayó,
cuando la diestra asentó
sobre el tronco el araucano.

GAR.—¡Caso, por Dios, peregrino!

AL.—Partióse al fin Galbarino
a ver los amigos pechos,
dejando dos rastros hechos,
de sangre en todo el camino.

Pero advierte que ha llegado
 un yanacona de paz,
 que por muy cierto ha contado
 que el indio más pertinaz
 de todo Arauco ha trazado
 una fiesta y borrachera
 de las que suelen hacer,
 en Cayocupil.

GAR.— Espera:

¿cuándo dicen que ha de ser?

AL.—Esta noche es la primera:
 hay instrumentos chilenos,
 y españoles para asarse,
 soldados, y aun de los buenos;
 tienen para emborracharse
 de chicha cántaros llenos.
 Estorba este desatino.

Y de nuevo se le vuelve á ver, presentándose en escena «en tocando una caja», después que don García anuncia haber recibido de España la noticia del advenimiento de Felipe II al trono, para sostener con él el siguiente diálogo:

AL.—En medio deste placer
 de nueva tan deseada
 más cuidado es menester.

GAR.—No pienso envainar la espada
 hasta morir ó vencer.

AL.—Caupolicán ha juntado
 en Purén todo el senado
 de sus caciques, que quiere,
 según de aquesto se infiere,
 salir en campo formado.
 Están agora en la fiesta,
 donde el casco de Valdivia
 sirve de copa, en que, puesta

sangre humana fresca y tibia,
 quieren beber sobre apuesta.
 Allí tienen instrumentos
 para celebrar mejor
 estos bárbaros intentos;
 no les des lugar, señor,
 á sus locos juramentos,
 que es gente que, si lo jura
 con esta solemnidad,
 por la muerte más segura
 entrará con libertad,
 ó verá el fin que procura.

Concluye la pieza con la prisión de Caupolicán, á quien se presenta al final por un momento atado á un palo, para hacer manifestación de haberse tornado cristiano, y en seguida á Felipe II, muy mozo, en forma de estatua, para recibir el homenaje de todos los actores (1).

(1) La obra de Lope de Vega fué traducida al francés y se halla en la colección intitulada *Chefs-d'oeuvres des Théâtres étrangers, allemand, anglais, chinois, danois, espagnol, hollandais, indien, italien, polonais, portugais, russe, suédois, etc.* París, chez Ladvocat, libraire, Palais Royal, galerie de bois, núm. 196. Consta de 25 vols. en 8.º, de los cuales cinco están dedicados al teatro español y de ellos dos á Lope de Vega con siete de sus piezas dramáticas, de las cuales la primera es el *Arauco domado*. Raynouard, quien da un extracto de la comedia, la juzga así: «En esta pieza se encuentran algunas situaciones dramáticas; la que verdaderamente merece el nombre de tal se halla en la escena primera del tercer acto, cuando Galbarino, prisionero, es interrogado por Mendoza:

«Mendoce.—Tu t'es rendu coupable d'horribles forfaits.

Galvarin.—Ce que vous nommez forfaits sont des exploits dont je m'honore.

Mendoce.—T' honores-tu comme d'un exploit d'avoir tué Jean Guillem desarmé?

Galvarin.—Tout est guerre.

Mendoce.—Puisque tout est guerre, on te la fera: coupez-lui les mains. . . .

Galvarin.—C'est en vain que tu couperas les mains; il en restera tant dans l'Araucque que j'espère que tes vains projets se dissiperont en fu-

Ni fué esta la única pieza de Lope en que llevó á la escena los personajes celebrados por Ercilla: para la composición de su *Arauco domado* se habíá guiado, además, lo hemos dicho ya, por las obras de Pedro de Oña y de Suárez de Figueroa, prometiendo realizar un trabajo histórico, a que corresponde en la generalidad de sus pasajes culminantes, eso sí, que con la sistemática depresión del carácter de Ercilla, que era injusta y mentirosa y hecha sólo al propósito de halagar los orgullosos sentimientos del hijo de don García, presentándole al poeta que decía haber preterido la memoria de su padre bajo el aspecto de un soldado cobarde; en la otra á que nos referimos y que intituló *La Araucana*, con evidente falta de tino, quiso hacer un auto sacramental, que encierra alguna reminiscencia del poema, pero en el cual ya esta vez da rien-

mée: on enlève la sommité du mais pour en faire grossir l'épi; il en sera ainsi des bras courageux que tu vas mutiler; du sang que tu feras répandre naîtront des mains plus heureuses qui sauront à leur tour attacher et couper les tiennes.»

«Si en esta pieza se hallasen muchas escenas semejantes, podría con más justo título colocársela en el rango de las obras maestras. Por lo demás, los caracteres están perfectamente delineados y sostenidos. La energía de los araucanos, su firmeza, están muy bien pintadas y expresadas. Un solo rasgo dará una idea del carácter español. La pieza se inicia por la procesión del Santísimo Sacramento; Mendoza asiste a ella; en el momento de penetrar en la iglesia, se postra humildemente sobre el umbral de la puerta, de manera que el sacerdote que lleva el S. Sacramento le pise. Este gran ejemplo de humildad cristiana, llena de entusiasmo a los soldados españoles por su General.» *Journal des Savants*, Junio de 1823, pp. 326-327.

Queda ya dicho de donde tomó Lope esta idea.

Sismonde de Sismondi, que probablemente conocía la pieza por la traducción francesa, ha dado un extracto de su argumento, bastante bien hecho, en la página 343 del tomo II de su *Littérature du Midi de l' Europe*.

A Ticknor, (t. II, p. 347, nota 19 de la traducción española) no se le escapó, por cierto, que, á pesar de lo que aseguraba Lope en su dedicatoria de que todo era histórico, había en la tragi-comedia mucha parte de pura invención, y el hecho extraordinario de que Ercilla apareciera en ella tocando el tambor. «Puede compararse con el Arauco, advierte, otra de las comedias de Lope, intitulada *Los guanches de Tenerife*».

da suelta á su fantasía, con tal extravío, que raya en «el más absurdo delirio», según lo calificó Menéndez y Pelayo.

En ella aparecen Rengo en representación del demonio, Colocolo simboliza á San Juan Bautista y Caupolicán... ¡nada menos que al Divino Redentor! No se crea que exageramos. Anúncialo así en su canto la india Fidelfa:

Este al fin que resplandece
como el sol, Arauco ofrece
el capitán de quien fió
su divina redención.

Colocolo se presenta á su turno, diciendo:

Voz de la palabra soy,
que era Dios en el principio
y estaba cerca de Dios,
y esta palabra que vimos
Dios y cerca de Dios fué
en el principio.
.... Yo he venido
á ser sólo el testimonio
del sol que ha de redimirnos;
estrella soy de su aurora....
..... La luz
que ilumina los distritos
de Arauco, es Caupolicán,
y yo soy quien la publico,
decir quiere «el poderoso»
en nuestra lengua, y se ha visto
esta verdad en el Santo
Caupolicán con prodigios
y señales milagrosas.

Pronto se traba entre Tucapel (cambiado su nombre en Teucapel), Rengo y Polipolo una contienda de palabras so-

bre los méritos que les asisten para ser elegidos jefe del ejército araucano, que procura aplacar Colocolo con sus razones, anunciando cuál será el vencedor que, «mientras cantan, baja de lo alto del carro Cristo en figura de Caupolicán, de indio, vestido famosamente»; pero no se arredran por eso los contendores, disputándole sus títulos, hasta que, á un signo suyo, caen todos en tierra, porfiando aún Rengo en que vayan á la prueba del madero, que en efecto ensayan Rengo, Tucapel y Polipolo. Tómalo, a su turno, Caupolicán, que concluye la prueba diciendo:

Hoy, Arauco, hacer quiero
la eterna redención por el madero,

y continuando la alusión á Cristo y la Cruz, añade, al dirigirse á Rengo, el único que todavía le contradice:

Porque más
hoy las grandezas mías
y en él, Rengo infernal, vencido seas,
yo haré que eternamente
sustentándole á él, él me sustente.
En él clavarme quiero,
porque los dos unidos de esta suerte
yo triunfe en el madero,
y él triunfe en mí, quedando vida y muerte
reparada y vencida,
y Arauco en mí triunfe redimida.

Continúa aún la alusión entre Caupolicán como redentor y Rengo personificando el demonio, que aparecen, respectivamente, en una nube blanca y otra negra, el primero con el cáliz en la mano y el segundo con un plato de culebras, en medio de los cantos de los indios, á la vez que ambos les predicán á su modo en largas tiradas de versos. «Muy robus-

ta, observa Menéndez y Pelayo, debió de ser la fe del pueblo que toleró farsa tan irreverente y brutal» (1).

Pasó un siglo cabal, contado año por año, desde que se reimprimió el poema de Ercilla en 1632, hasta que González de Barcia lo dió de nuevo al público, seguido de la llamada continuación de Santisteban Osorio, en 1733-1735; pero, á pesar de esa evidente prueba de cuánto había decaído la afición á su lectura, todavía las figuras de *La Araucana* fueron presentadas en el teatro, una vez por don Francisco González de Bustos en 1652, en *Los españoles en Chile*, y diez años más tarde por Gaspar de Avila en *El Gobernador prudente* (2).

Se nos presentan en la comedia del primero, cinco españoles, entre ellos una mujer, doña Juana de Bustos, un galán y un gracioso, de nombres también inventados, y don Diego

(1) Esta producción de Lope permaneció inédita, conservada en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, hasta que en 1893 se le dió cabida en las pp. 109-119 del tomo III de sus *Obras* editadas por la Real Academia de la Lengua.

(2) En realidad, tales fechas se refieren á las de la publicación, pero de seguro que fueron representadas antes, y acaso la de Avila precedió aún á muchas, si no á todas, de las que tratan de temas ercillanos.

La pieza de González de Bustos apareció por primera vez, en unión de la llamada *Santa Olalla de Mérida*, en la *Primera Parte de Comedias escogidas*, Madrid, 1652, 4.º, por más que Ticknor, que también habla de ella, diga que en 1665, año en que, en efecto, salió incorporada en el tomo XXII de *Comedias escogidas*; fué más tarde reimpresa en Sevilla en tirada por separado, en 4.º, sin fecha, que el Catálogo del Museo Británico cree fuera el de 1720; por tercera vez en Valencia (edición que hemos descrito en la *Biblioteca Hispano-Chilena*) y, por último, ha sido reproducida en las pp. 531-565 del tomo II de esa mi obra.

En nota a la página 115 del tomo I de nuestra *Historia de la literatura colonial de Chile* dimos alguna noticia de otras producciones dramáticas de González de Bustos, y está de más advertir que, al mismo intento, el lector curioso debe registrar el *Catálogo* de Barrera y Leirado.

Fuera de ellas, sólo se conoce un soneto suyo impreso entre los preliminares de la *Cythara de Apolo*, de Salazar y Torres, en aplauso de éste y de la colección de poesías contenida en ese libro, que se imprimió en 1681 y 1694.

de Almagro, igualmente de galán, y el Marqués de Cañete; hallándose mucho mejor representados los indios, pues aparecen Caupolicán y su mujer Fresia, Gualeva, Rengo, Tucapel y Colocolo.

Levántase el telón para presentarnos á los indios, que gritan ¡viva Araucol ¡viva Chile! y con ellos á Caupolicán y Fresia en requiebros amorosos, mentidos de parte de esta última, que en un aparte deja ya traslucir su pasión por Almagro; a tiempo que se presenta Colocolo para increpar al general araucano, después de recordarle sus victorias y á Valdivia, «despojo y escarmiento de sus manos», que así olvide su cargo. En ese momento llegan Tucapel y Rengo, que traen prisioneros á Mosquete, el gracioso de la pieza, y á doña Juana, vestida de hombre, quien, como Fresia, deja también insinuada su pasión por don Diego. Armase una violenta disputa entre Tucapel y Rengo, que provoca las iras de Caupolicán y apacigua al fin Colocolo con sus consejos. Aquél se marcha á inspeccionar su campo, y Fresia despacha á Mosquete con una carta para don Diego; Gualeva, prima de Fresia, engañada por la hermosa apariencia de doña Juana, cuyo sexo no descubre, da indicios de haberse enamorado de ella y la retiene, dando ocasión á que refiera cómo ha dejado á sus padres en el Perú por venirse en busca de don Diego.

Salen en seguida el Marqués de Cañete, con Almagro, Rojas, el hermano de doña Juana, y otros soldados, á quienes se queja de verse sitiado en el fuerte de Santa Fe y les propone verificar una salida para trabar combate con los indígenas, momento en que se anuncia la presencia de uno de ellos, que resulta ser Caupolicán, disfrazado, que pretende hablar con don García. Trábase la pelea y en ella cae prisionera Fresia, á cuya vista don Diego se manifiesta hechizado; pero, continuando la batalla, Tucapel y Rengo acometen al español, que logra ser salvado por doña Juana, quien se niega á descubrir su nombre al que ha librado de la muerte.

Tal es el argumento de la jornada primera, que viene en realidad á constituir el de toda la pieza, cuyo nudo continúa en la segunda con la presencia de Tucapel en el fuerte, que contando sus hazañas, llega a desafiar á don Diego, quien se ve impedido por don García de aceptar el reto, que en secreto se propone tomar de su cuenta. Reconócense ambos en el sitio señalado, donde son sorprendidos por don García, que se aleja proponiéndose castigarle por haber contravenido á sus órdenes; pero á ese tiempo suenan clarines que anuncian la batalla, la cual ganan los españoles, merced al socorro que les llega del Perú, bosquejado así en una escena anterior:

MARQUÉS.—En fin, el Perú ha servido
fino al Rey.

DIEGO.— Tales vasallos
nunca pueden obrar menos.

MARQUÉS.—Saben muy bien obligarlo,
y al valle de Tucapel
entran las tropas marchando
con don Alonso de Hercilla.

DIEGO.—Es muy valeroso cabo
para la caballería,
y con Reinoso á su lado
pueden ceder a sus glorias
los Césares y Alejandros.

A pesar del triunfo español, don Diego se ve sorprendido por los indígenas en su retirada y queda prisionero.

En la tercera jornada se supone á los araucanos reunidos en Purén, a donde han debido acogerse después de su derrota; allí, entre ellos, á tiempo que razonan los caciques y Colocolo anuncia su próxima sujeción, se presenta Galbarino (al cual no se nombra) con las manos cortadas, y otros con los ojos arrancados; ante cuyo espectáculo, Caupolicán enfurecido ordena matar a todos los prisioneros españoles y

entre ellos a don Diego, á quien Tucapel anuncia la suerte que le aguarda. Al recorrer su memoria para prepararse al paso de aquel trance, se manifiesta arrepentido de su conducta para con doña Juana, á tiempo que ésta llega vestida de india con una embajada de Fresia, prometiéndole salvar la vida si se casa con ella, proposición que rechaza por seguir fiel á la española, antes de que allí ambos se reconozcan.

Continúan, mientras tanto, en el campo español los preparativos para un nuevo ataque a los indios. Pregunta, con tal motivo, el Marqués á un sargento:

¿Qué tanta gente tiene el enemigo?

SARG.—¡Es cosa que da asombro!

MARQ.— Así el castigo
 será mayor, si dar batalla intenta.

SARG.—Por momentos tanta se aumenta
 que parece que el campo, en vez de flores,
 hombres produce armados de rigores.

MARQ.—¡Habrà más que vencer!

SARG.— Arauco unido
 todo junto se ve.

MARQ.— Gran cosa ha sido,
 que, si junto se halla,
 todo lo he de vencer de una batalla.

SARG.—Don Alonso de Ercilla valeroso,
 puesto que mejoró Reinoso,
 la colina ha ocupado,
 y el estrecho que ganó el adelantado
 Villagrán con Aguirre. . . .

Doña Juana, a todo esto, la logrado penetrar á la prisión en que estaba su amante y le libra á tiempo que Tucapel llegaba también á salvarle para pelear después con él, pero que en su lugar encuentra sólo á Mosquete; siguen algunas incidencias de la batalla, entre ellas una en que se ve á Caupolicán acosado por tres soldados, herido y ensangrentado, y á

Rengo luchando con don García. Concluye la pieza con la presentación ante él de los indios que solicitan el bautismo y someterse á la obediencia del monarca español, con los casamientos de Tucapel con Fresia y de don Diego de Almagro con doña Juana Bustos, y con la propuesta de don García de ir todos al templo á tributar á Dios las gracias.

Escrita al mismo propósito que la de los nueve ingenios, y aún, muy probablemente, con anterioridad á ella, y con colores más subidos en el realce de la figura del protagonista, fué *El Gobernador prudente*, de Garpar de Avila. Su título está indicando ya que su autor iba á pintarnos á don García Hurtado de Mendoza bajo un aspecto muy diverso de aquel con que le caracterizó Ercilla, no siendo otra cosa, en el fondo, que la réplica al calificativo de «mozo capitán acelerado» con que se le ve tildado en *La Araucana*. Lo que no es posible decir es si Avila quiso vindicar la memoria del que fué gobernador de Chile por inspiración propia, ó si para ello medió todavía alguna influencia, manifestada en recompensa pecuniaria ó en otra forma, de la familia de aquél. Ciertamente que no era un literato desconocido cuando tal empresa acometió, pues, á contar por los menos desde hacía catorce años antes que escribiera, ó mejor dicho, diera á luz su pieza, su nombre se registraba entre los autores de comedias famosas (1) y la manera como se desempeñó en la de que vamos á dar cuenta demuestra que la reputación de que gozaba no era inmerecida. Inspirándose en todo momento en el poema de Arauco, muéstranos en ella muchos de sus personajes, eso sí, que trocando sucesos, fechas y nombres, para que todo concurra á realzar la figura de Hurtado de Mendoza.

En el primer acto salen Caupolicán, Tucapel, Rengo y Lautaro, con los propios caracteres que Ercilla les había

(1) Noticias bio-bibliográficas de Avila hemos dado en el texto de *Dos comedias famosas y un auto sacramental basados en La Araucana*, que allí podrá ver el lector curioso.

atribuído: ante la arrogancia de Tucapel, que pretende para sí el mando, Caupolicán le recuerda cómo le había vencido en la prueba de la viga; á que le replica, que pudo ser más fuerte pero no más esforzado, ni de corazón más entero: disputa que apacigua la intervención de Colocolo y que concluye por el juramento que todos hacen,—después de beber en un mismo vaso de la sangre de Caupolicán,—de destruir á los españoles. Sigue luego otro altercado entre el mismo Tucapel y Lautaro, que se disputan la posesión de Guacolda y en la que ésta se manifiesta indecisa en sus preferencias, porque el mágico Fitón le ha pronosticado que la vida de Lautaro ha de ser muy breve; de lo que, indignado Caupolicán, después de preguntarle al hechicero el tiempo que ha de vivir, lo desmiente, dándole muerte en el acto, para decidir que Guacolda se case con Tucapel, decisión que motiva el que Lautaro se pase al bando español.

Salen entonces á la escena Valdivia, Villagrán y Aguirre, insistiendo éstos en la conveniencia y oportunidad de pelear con los indios, que aquél acepta al fin mal de su grado, diciendo:

Bien sé que voy á morir,
pero más quiero animoso
perderme por valeroso,
que con razón persuadir:
que, aunque excusarlo podía
si en vuestra opinión os dejo,
lo que es prudencia y consejo
pasara por cobardía.

Y en este momento se le presenta Lautaro, cuando ya se ve venir al combate los indios, á quienes acompañan Guacolda y Fresia, la mujer de Caupolicán, para presenciar la batalla, en la cual resultan derrotados los españoles por la traición de Lautaro, viéndose á Caupolicán salir al escenario con la cabeza de Valdivia en la mano.

Este preámbulo, que abarca toda la primera jornada, está destinado á poner en seguida en más encomio el triunfo del héroe de la pieza, cuya venida les anuncia á los indios su dios el demonio Eponamón, á quien consultan y que les incita á proseguir la guerra, pronosticándoles el triunfo final.

Está ya para llegar á Chile don García, como don Luis de Toledo, su teniente, se lo anuncia á Villagrán, que se admira al saber que el nuevo gobernador cuenta sólo 22 años de edad; de donde toma pie su interlocutor para hacerle una larga relación de la genealogía de Hurtado de Mendoza, trayéndola desde Lope Manso, á cuya espada, junto con la de don Pelayo, se debía la restauración de España, y que dura hasta el punto mismo en que sale á la escena, para recibir de Villagrán la expresion de su más sumiso acatamiento y la entrega del bastón de mando, diciéndole:

Cuando Valdivia murió
este bastón me dió á mí,
y el gobierno me encargó,
y así le pongo á estos pies,
y por mayor interés
dél hago aquí dejación,
cumpliendo como es razón
los mandatos del Marqués;
y sirvo á vuesa señoría
con este corto presente. . . .

Aquel «corto presente» eran doce barras de oro, que don García rechaza para sí, atribuyendo su procedencia á los tributos desmedidos impuestos á los indios, causados de la revuelta producida, y los destina á la fundación de un hospital para curarlos; y acto continuo don Luis de Toledo le pide su espada á Villagrán, en los momentos en que se ve á don García postrado en el suelo para que el sacerdote que lleva el Santísimo Sacramento pase por sobre él, lo que le hace exclamar a Villagrán:

De parte mía
 doy por justa mi prisión,
 que el que tanto en Dios se ajusta
 con humilde corazón,
 no puede hacer cosa injusta

Nos hallamos de nuevo entre los araucanos, que, sabedores ya de la llegada del nuevo gobernador, de su juventud y de que ha entrado ganando amigos, resuelven enviar á Colocolo con fingida embajada á fin de despistarle y vencerle después fácilmente. Don García le recibe con deferencia, hasta el extremo de sentarle á su lado, con gran escándalo de sus soldados; presta atento oído á los razonamientos del indio y le habla de los proyectos que abriga para el futuro bienestar de todos ellos. Cree el indio haberle engañado, y don Felipe de Mendoza le advierte que semejante conducta parece demostración de miedo; pero don García, que ha penetrado los proyectos del enemigo, procede en el acto á dictar sus disposiciones militares, ordena que tome el mando de la vanguardia don Luis de Toledo y

la retaguardia -
 se dará al valor prudente
 de don Alonso de Arcila.

D. LUIS.—Hoy en su diestra apercibe
 el cielo un segundo Atila,
 que él pelea como escribe.

D. FEL.—A un tiempo corta y afila
 espada y pluma.

D. GAR. En su honor
 dudar nada fuera error,
 que aunque se muestra ofendido,
 porque preso le he tenido,
 no he de negarle el valor.

Y tal es la única figuración que cabe á nuestro poeta en la comedia, falsa, por de contado, en todo sentido, pero al menos sin desdoro de su pluma ni de su valor.

La jornada tercera comienza por la cuenta que Colocolo da de su embajada, manifestando haber quedado prendado de la figura y maneras de don García, tanto, que sólo pide á sus compatriotas que, si le cogen vivo, no le sacrifiquen. Hacen sus aprestos para el combate, y aquí se introduce el sueño de Guacolda, que ve á su Lautaro mortalmente herido de una flecha, y á Fresia, mujer de Caupolicán, que trae para él una corona de oro, que haciendo oración á Eponamón, le diera en señal de la victoria que se les espera. Trábase la batalla; aparece Tucapel herido, en amoroso coloquio con Guacolda, hasta que parte á combatir de nuevo; y don García en combate singular con Caupolicán, á quien hace huir, sin haberle querido matar, según asegura, por estimar más conveniente tenerlo temeroso entre su gente, que vencido en su poder, y en esa conformidad dispone también que se suspenda la persecución. A ese tiempo llegan don Felipe de Mendoza y don Luis de Toledo trayendo cautiva á Guacolda y cada uno disputándose, á cuya vista ordena don García que la dejen en libertad; y á su instancia, le refiere el motivo por qué le es aborrecible la vida; persuádela á que deje su religión, obra del demonio, y le obsequia una reliquia de la Cruz, á cuya vista se abre una peña y entre llamas de fuego y el humo, se oye una voz que dice «reniego de su poder»; con cuyo espectáculo, Guacolda pide á don García ser bautizada, ceremonia que los indios tratan de aprovechar para acometer otra vez á los españoles. Derrotados de nuevo, se ve llegar á Reinoso, para anunciar la muerte de Caupolicán, que se presenta en segundo término empalado: suplicio que condena don García, si bien su enojo se mitiga al saber que ha muerto cristiano. Termina la pieza con la declaración que hace Guacolda de abrazar el estado religioso, con gran desencanto de Bocafría, el gracioso de la comedia, que la quería por mujer.

Tales fueron los elementos que en lo antiguo informaron

la inventiva de los dramáticos, en su mayor parte sacados de la cantera de *La Araucana*, tan rica á ese propósito, que bien puede decirse de ella lo que de aquel famoso trozo de granito que recuerda la inscripción de la fachada del Escorial, de haber salido de él cinco estatuas de santos y sobrado aún para otros tantos, con la sola diferencia de que lo que pudo en este caso ser, lo fué realmente respecto del poema ercillano. Barajados así los personajes celebrados en él, apenas si en tiempos posteriores el drama se apoderó de uno más de los que tuvieron á Chile por teatro principal de sus hazañas, tan extraordinario y anormal en el orden de la naturaleza, que no pudo menos de despertar el asombro de la generación en cuyo tiempo vivió, habiéndole sido dado palparle con sus propias manos y conocer sus hechos por la divulgación que de ellos hicieron papeles de la época escritos especialmente para darlos á conocer al pueblo español: me refiero á las hazañas de aquella mujer,—si es que puede dársele el nombre de tal,—por todo extremo singular, que se llamó doña Catalina de Erauso, más conocida con su nombre literario de la Monja Alférez, que comenzó á usarse ya en sus días y con el cual también sacó su figura á las tablas don Juan Pérez de Montalván.

Es de sobra conocida la historia de doña Catalina de Erauso merced á la publicación que de su llamada autobiografía hizo don Joaquín María de Ferrer y que en muchos de sus puntos culminantes por lo relativo á su estancia en América se acredita con la información auténtica de sus servicios que original se conserva en el Archivo de Indias en Sevilla y que publiqué hace años, para que necesite traer aquí á cuenta por extenso la relación de sus hechos. Baste, pues, con recordar que era natural de San Sebastián y que educándose allí en un convento de monjas, una noche, violando la clausura, se resolvió a salir á correr tierras, vestida de hombre, y que después de haber servido en España á varios amos, bajo ese disfraz se embarcó para América con plaza de soldado, viniendo al fin á parar á Chile por ciertos

lances en que la justicia tuvo que intervenir, y que, por último, después de haber servido en la guerra de Arauco por más de cinco años, le cupo por su mala ventura matar en desafío á un hermano suyo que por acaso aquí se hallaba.

Después de semejantes sucesos volvió doña Catalina á España y adquirió luego allí tal notoriedad por la noticia que de ellos se tuvo, que Gil González Dávila la recordó en su *Historia de Felipe III*, diciendo que había llegado á Madrid en diciembre de 1624 y que la tuvo hospedada en su casa en hábito de soldado; Francisco Pacheco la retrató á su paso por Sevilla, y aun no faltó literato que la sacase á plaza, como por ejemplo, Castillo Solórzano que en las *Aventuras del Bachiller Trapaza* (capítulo X) le decía éste al alcalde Tocina que allí estaba delante de él (con el nombre de Pernía) la Monja Alférez, «el portentoso, el prodigio de nuestra España, pasmo de sus adversarios». No puede, así, parecer extraño, después de esto, que su figura pasase á las tablas. Véase cómo lo hizo don Juan Pérez de Montalván, clérigo de educación literaria aventajada y por extremo favorecido con el cariño y elogios de su maestro «el monstruo de la naturaleza», á quien había de corresponderlos después de su muerte publicando su biografía y corona fúnebre. Montalván había comenzado á escribir para el teatro á la edad de 17 años y tanto se dió, andando el tiempo, al estudio y á las letras, que su constitución, debilitada por el trabajo, le produjo la locura poco antes de su fallecimiento, ocurrido á mediados de 1638. No hay datos bibliográficos que permitan señalar fecha á la impresión de la comedia suya de que se trata, cuya primera edición conocida es posterior casi en un siglo á la muerte de su autor; si bien es posible precisar con bastante aproximación la fecha en que la escribiera, que fué en los años en que doña Catalina se hallaba en Roma (1626), según expresamente se dice en el final, y tal es también la razón por la cual la pieza sólo alcanza hasta ese punto de la vida de la heroína.

Donde llega la comedia
Han llegado los sucesos,
Que hoy está el Alférez Monja
En Roma, y si casos nuevos
Dieren materia á la pluma,
Segunda parte os prometo.

Montalván, con acertado criterio, radica la escena de su comedia en Lima, corte de virreyes y centro de gente noble y acaudalada; allí, doña Catalina, vestida de hombre y oculta bajo el apellido de Guzmán, corteja á doña Ana, cuya criada, Inés, mantiene, á su vez, amoríos con Machín, que sirve á Guzmán. En los momentos en que se presenta á escena, está de partida para el Callao para ocupar allí una plaza de soldado, de lo que se consuela doña Ana al oír que ha de ir á visitarla cuantas veces pueda, obsequiándole una cadena de oro para que compre un caballo en que haga la jornada.

Está próximo á ausentarse también para el mismo puerto don Diego, grande amigo de Guzmán, y con tal ocasión de separarse le da un penacho, que aquél corresponde con unos guantes muy bordados; detalle insignificante, al parecer, pero que resulta de gran trascendencia en el desarrollo de la pieza.

Otro personaje de cuenta en ella es Miguel de Erauso, el hermano de doña Catalina, con quien ésta sabe el parentesco que le liga, pero no él, que comienza á sospecharlo luego que recibe una carta del padre de ambos en la que le avisa la escapada que ha hecho de su hogar su hija monja, recomendándole que, si llega á dar con ella, obre como noble y cuerdo, dejando así entrever que la mate, si lo cree conveniente, rasgo por extremo dramático y digno del más alto coturno.

Allí en el Callao, Guzmán se traba luego en una disputa con un capitán llamado por sus proezas el Nuevo Cid, que termina pronto en pendencia á mano armada con motivo del juego á que todos se entregan y en la que doña Catalina hiere con una daga al Cid, que ha insultado á su hermano.

Como bien pronto se le acaba el dinero, Guzmán se dirige

á Lima en busca de nuevos socorros de doña Ana,—cosa que en estos tiempos le haría pasar por un sinvergüenza, pero que antaño, por lo que parece, era recurso muy socorrido en los galanés pobres cortejantes de damas adineradas,—esperando verse con ella en la noche y estar de regreso en el fuerte temprano por la mañana. Amo y criado llegan en efecto al pie de las ventanas de doña Ana, acompañada allí, como siempre, de su criada y confidente, y dispensa tal acogida á su amante, que se presta á abrirle la puerta de la casa; entra á ese intento para apagar las luces, y Guzmán, antes de verse en el aprieto de descubrir su sexo, secreto que estima más que la vida, resuelve escaparse pretextando que venía gente; hácelo así, á tiempo de que llegan á aquel sitio don Diego, enamorado de doña Ana, con un su amigo, á quienes introducen doña Ana é Inés á sus habitaciones, confundiéndolos con Guzmán y Machín. Y tal es el pobre artificio en que estriba todo el nudo de la pieza.

Dejando el suceso pendiente en ese punto, teje en seguida el autor la escena en que Miguel de Erauso trata de que su hermana, ya seguro de que es ella, se le descubra; pero, lejos de lograrlo, concluyen por acuchillarse, para caer Miguel herido y ser llevado en hombros de su hermana á una ermita próxima para que procure remediar su alma.

La jornada segunda se inicia con hallarse de nuevo en Lima Guzmán, doña Ana, Inés y Machín. Este se partía ese mismo día para Chile, llevando á su amo una carta de doña Ana, á tiempo que se presenta Guzmán, quien contesta así á las recriminaciones de doña Ana:

Señora, el siguiente día
De esta noche que por tí,
Y por tu opinión perdí
La ocasión, que el alma mía
Tan largo tiempo ha llorado,
Salí al campo con Miguel
De Erauso, y riñendo con él,

Fué el alferez desdichado
Más que yo, pues de una herida
Penetrante que le di,
Entre la sangre le vi
Casi despedir la vida.
Deste suceso obligado
Me partí solo, y á pie
Desde allí, que ni avisé
A Machín, este criado
Que es mi compañero fiel
En los bienes y en los daños:
Causa de que estos tres años
Haya vivido sin él
En Arauco, á donde huyendo
Llegué al fin, y no escribí,
Señora, á Machín, ni á ti
En muchos meses, temiendo
Que descubrirme podrían
Las cartas, que los discretos
Nunca importantes secretos
De frágil nema confían;
Hasta que después sabiendo
Que sanando de la herida
Miguel de Erauso, y la vida
De una enfermedad perdiendo,
Llegué, doña Ana, á tener
Seguridad, y con esto
Me dispuse lo más presto
Que pude venirme á ver:
Estos han sido los casos
De mi ausencia y mis enojos,
Que la gloria de tus ojos
Me han impedido estos casos.

Doña Ana, á su turno, le refiere las incidencias de aquella noche y cómo, cuando descubrió su error, aunque tarde, lo-

gró apoderarse de los guantes que llevaba el hombre á quien ella abrió sus puertas y que hasta entonces no sabía quien era. Con tal prueba, Guzmán no duda ya de que fué su amigo quien ocupó el lugar que le estaba destinado; busca á don Diego; maniéstale que está impuesto de lo ocurrido y trata de persuadirle á que se case con doña Ana, cosa que un amante de verdad no habría propuesto á su rival sin tratar de vengar primeramente aquella afrenta, aunque involuntaria; á lo que don Diego se resiste, poniéndole delante que mal puede otorgar su mano á quien estaba pronta para entregarse á otro, hasta que Guzmán le ofrece dar una prueba irrecusable de que toda sospecha respecto á sus relaciones con doña Ana carece de fundamento, siempre que le guarde el secreto, y procede entonces á referirle su historia desde su nacimiento, que en la parte relativa á su estada en Chile dice así:

En la armada me embarqué
Indiana, llegué á la tierra
Que á España la fertiliza
De oro, que cría en sus venas.
Hubo con el Araucano
Soberbio, sangrienta guerra;
Halléme en ella; mostré
El valor que en mí se encierra:
Yo sola en la escaramuza
Que vi trabada primera,
Maté. . . .; mas, esta alabanza
Díganlo voces ajenas,
Que yo no te diré más
De que en la ocasión primera
Me dió don Diego Saravia
De sargento la gineta,
Y después, no pasó mucho,
Me honraron con la bandera
Que honró á Gonzalo Rodríguez

Muerto á las manos soberbias
 De bárbaros araucanos:
 Puesto que su muerte cuesta
 Muchas vidas á los indios
 Y á mí heridas inmensas,
 Que si en mi pecho las miras
 Te darán clara evidencia.
 Puse en el rostro la mano
 De un caballero, y fué fuerza
 Venirme á Lima, don Diego,
 A donde doña Ana bella,
 Juzgándome por varón,
 Amor y afición me muestra.

Mas, ¿cómo salir del paso para justificar las relaciones de doña Ana con Guzmán, de que eran sabedores los criados, si éste terminantemente declara a don Diego que, al paso que busca el bien de la dama, publicar que es mujer, dice,

¡Primero moriré que lo permita!

Pendiente este nudo al parecer sin salida, se produce una nueva pendencia entre Guzmán y el Cid, que termina con la muerte de éste. El matador es llevado con ese motivo á la cárcel, y como confesase su delito, el Virrey le condena á la última pena. Para salvarla, don Diego resuelve faltar al secreto prometido y revelar el sexo de doña Catalina y de cómo ha sido monja, con lo cual logrará, á la vez que el perdón de su amigo, el dejar la puerta expedita y alejada toda sospecha para su casamiento con doña Ana.

En la jornada tercera todos los personajes de la comedia se hallan en Madrid; allí don Diego le cuenta al Vizconde de la Zolina en los términos que va á verse cómo escapó doña Catalina de la última pena y los incidentes posteriores que le ocurrieron hasta su regreso á España:

Después que el Virrey de Lima
La suplicación le otorga,
De la novedad movido
Que le refirió mi boca:
Jurídicas experiencias
Lícitas, por ser forzosas,
De que es mujer el Alferez
Con evidencia le informan;
Y así, mirando su causa
Con atención más piadosa,
Le da plazos, en que prueba
Que el Nuevo Cid le provoca
A la pendencia, y por ser
Justa y natural la propia
Defensa, en la última instancia
La sentencia le revoca.
Restituída a su traje,
En las trinitarias monjas
La recluyen, por la fama
Que tiene de religiosa.
Allí violentada, juzga
Eternidades las horas,
Más repugnante que el viento
Oprimido de las ondas;
Hasta que vino a romper
Las prisiones la discordia
Que sobre elegir prelada
Iras siembra, y bandos forma
De Isabel de Larriñaga,
Por ser vizcaína, toma
Por cuenta suya la voz
Para elegirla priora.
Era la parcialidad
Contraria más poderosa,
Y así remite á las manos
Lo que no alcanza la boca;

Y con un bastón robusto
De tal suerte el viento azota,
Que lo que no ablandan ruegos
A duros golpes negocia.
Ofendidas de su exceso
Y de su furia medrosas,
La expulsión que ella desea
La solicitan las monjas.
Las dos cabezas del reino
Secular y religiosa,
Por evitar disensiones
En lo mismo se conforman.
Libre al fin de la clausura
Pasar á España y á Roma
Resuelve, a cosas que entiendo
Que á la conciencia le importan,
Y al instante que al Callao
Daba por el mar la popa,
En calzones y ropilla
Trueca basquiñas y ropa.
Halla propicio a Neptuno,
Llega á la arena española,
Que á las columnas de Alcides
Cerró el paso, y dió memoria.
Por el hábito indecente
El Obispo la aprisiona:
Mas, informado después
De sus hazañas heroicas,
No sólo no la castiga,
Mas antes la galardona,
Alentando su jornada
Con dineros y con joyas.
Partióse luego de Cádiz
Para esta corte.....

Con esto, cesa de hecho todo el interés de la comedia en lo que toca á doña Catalina, siguiéndose sólo incidentes secundarios para el conocimiento de sus hechos, como el que se la vea jugar de nuevo á los naipes, con los votos de tales lances; la resistencia que opone á vestirse de mujer cuando el encargado de su vigilancia trata de llevarla á casa de un consejero Real que deseaba conocerla, sus gestiones para que se le gratificasen sus servicios, que limita á que se le permitiese pasar á Flandes de soldado aventajado á fin de seguir empleando en servicio del Rey sus manos,

Que rabian ya por saber
Si pueden también vencer
Flamencos como araucanos;

o, en último caso, que se le conceda por gracia

Andar siempre de varón,
Que con esta permisión
Quedo pagada y contenta,

dice, á cuyo efecto presenta un certificado auténtico de los que prestó en Chile.

En las últimas escenas se produce un principio de pendencia entre don Diego y doña Catalina, en la que ambos sacan las espadas y que concluye por la interposición del Vizconde y la declaración que aquélla hace en definitiva de los vanos amoríos que tuvo con doña Ana, que queda así al cabo rehabilitada en su fama, cosa de que nadie en verdad ha podido dudar, para casarse, finalmente, con don Diego.



III

COMEDIAS DE SANTOS Y ASUNTOS RELIGIOSOS

Cómo nació el gusto por este género de comedias en España.—Fueron sus iniciadores Pero y Alonso Díaz.—Cervantes sigue el mismo camino y escribe su *Rufián dichoso*.—Argumento de esta pieza.—De dónde lo tomó aquel gran ingenio.—Quién fué fray Felipe de Jesús.—La historia de este santo es llevada también a la escena.—*El iris de Nueva España*, basada sobre la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe.—San Luis Bertrán en el Nuevo Reino de Granada.—Gaspar de Aguilar, el primero, escribe una comedia basada en su vida.—Siguenle en el mismo tema Jacinto Alonso de Maluenda, Moreto y don Francisco de la Torre.—Los santos peruanos.—*Santo Toribio o el Sol en el Nuevo Mundo*, de don Antonio Tello de Meneses.—*Santa Rosa de Lima*, de don Agustín Moreto.—Argumento de esta comedia.—Continúa la pieza don Pedro Francisco Lanini.—*La Aurora en Copacabana*, de don Pedro Calderón de la Barca.—Fuentes para su argumento.—Análisis de la pieza.—Conclusión.—Dos comedias más que pueden incluirse entre las de santos.

El tercer grupo que puede formarse de las comedias, según decía, es el de las de santos, así como suena. Tal asunto está indicando, con sólo enunciarlo, que tuvieron que ser en cortísimo número, ya que el suelo americano, al par que fecundo

en conquistadores y guerreros esforzados, no abunda en los que la Iglesia coloca en el cielo; pues, á pesar de eso, la lista de los que de ellos,—inclusos algunos a quienes sus contemporáneos concedieron el dictado de santos,—que fueron llevados á las tablas dista de ser escasa, pudiendo, á la vez, asegurarse que de hechos considerados milagrosos, apenas si alguno se escapó de ser también tema para el teatro. Esta práctica, por lo demás, se hizo tan general en España, que basta hojear el *Catálogo* de Barrera y Leirado para ver desfilar entre las comedias famosas los nombres de infinidad de santos, y habría nacido en Sevilla, según lo refiere Agustín de Rojas y Villandrando en la Loa de la Comedia que se halla en su *Viaje entretenido*. Dice en ella, en efecto, después de hablar de las tragedias de Lupercio Leonardo de Argensola y de la *Semíramis* de Virués:

Llegó el tiempo que se usaron
 las comedias de apariencias,
 de Santos y de tramoyas,
 y, entre éstas, farsas de guerras.
 Hizo Pero Díaz entonces
 la del *Rosario* y fué buena;
San Antonio, Alonso Díaz,
 y al fin no quedó poeta
 en Sevilla que no hiciese
 de algún santo su comedia.

Tales piezas quedaron inéditas y de sus autores nada se sabe hasta ahora, á no ser que Pedro Díaz era un jurisconsulto, á quien el doctor Navarro elogia diciendo que «fué de los primeros que pusieron las comedias en estilo»; y que de Alonso Díaz se sospecha que fuera el mismo que publicó en Sevilla, en 1611, su *Poema de la historia de Nuestra Señora de Aguas Santas*.

Pues sea como fuere, resulta,—cosa que no deja de ser curiosa,— que al autor de *Don Quijote* debemos la primera

comedia que tiene por tema la vida de un santo del Nuevo Mundo, santo, no porque esté canonizado, sino porque en tal concepto fué tenido en su tiempo, según él propio cuida de advertirlo en más de un pasaje de la obra, como cuando dice en el título de una de sus escenas que «así lo cuenta la historia del Santo».

Tomó el gran ingenio el tema para su comedia de la biografía que de fray Cristóbal de Lugo, ó de la Cruz llamado en religión, escribió el dominico fray Agustín Dávila Padilla en su *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores, por las vidas de sus varones insignes y casos notables de Nueva España*, impresa en Madrid, en 1596, que á ella alude, indudablemente, con las palabras que acabo de citar, ciñéndose á sus dictados, en verdad tan de cerca, que en ocasiones casi los copia al pie de la letra, vistiéndolos, eso sí, del ropaje poético, en veces hasta de robustos endecasílabos, y adornando las escenas de la jornada primera con detalles por extremo curiosos acerca de la vida hampesca que llevaba en sus mocedades el héroe de la pieza, que á cada paso recuerdan las pinceladas magistrales pródigadas por él en su *Rinconete y Cortadillo*. De ahí también procede el mérito de la pieza,—impresa que fué, junto con varias otras, en 1615, un año antes de su muerte,—y la excelencia de la primera jornada sobre las dos restantes de que consta, que decaen notablemente, como no pudo menos de ser, dedicadas como están á referir sucesos de ningún interés dramático, dentro de lo humano, y entremezclados con inverosimilitudes de tal magnitud, que bastará para convencerse de ello con saber que salen á alternar en escena Lucifer en persona y dos demonios de los renombrados de su caterva. En esta parte, pues, bien podríamos clasificar la obra cervantina como una simple comedia de magia.

Dió Cervantes á su comedia el título de *El Rufián dichoso*, cuyo argumento expone en el comienzo de la jornada segunda, cuando para justificar ó atenuar en lo que ha de se-

guir la violación de una de las reglas de los preceptistas, que él había criticado en otros, cual era, el que la primera jornada de la pieza pasaba en España y luego el lugar de la escena se trasladaba a México, saca a la Curiosidad y la Comedia, y ésta dice:

Ya represento mil cosas,
no en relación, como de antes,
sino en hecho, y así es fuerza
que haya de mudar lugares;

continúa luego con la exposición de la trama, contando

Yo estaba ahora en Sevilla,
representando con arte
la vida de un joven loco,
apasionado de Marte,
rufián en manos y lengua,
pero no que se enfrascase
en admitir de perdidas
el trato y ganancia infame.
Fué estudiante y rezador
de psalmos penitenciales,
y el rosario ningún día
se le pasó sin rezalle.
Su conversión fué en Toledo;
y no será bien te enfade,
que contando la verdad,
en Sevilla se relate.
En Toledo se hizo clérigo,
y aquí en México fué fraile,
a donde el discurso ahora
nos truxo aquí por el aire.
El sobrenombre de Lugo
mudó en Cruz, y es bien se llame
fray Cristóbal de la Cruz

desde este punto adelante.
A México y a Sevilla
he juntado en un instante,
zurciendo con la primera,
ésta y la tercera parte,
una, de su vida libre;
otra, de su vida grave;
otra, de su santa muerte
y de sus milagros grandes.

Pues, así, el más que travieso estudiante es llevado á México por su protector don Francisco Tello de Sandoval, nombrado por Carlos V para implantar en aquel virreinato las llamadas «nuevas leyes» sobre las encomiendas de indígenas, é investido, á la vez, con el carácter de inquisidor apostólico; métese fraile en el convento de dominicos, para gastar sus horas de claustro en vida penitente, creciendo, á poco, tanto su fama de santidad, que llega a conocimiento de Tello de Sandoval antes de que regrese a España.

El nudo de la pieza se desenvuelve en las dos últimas jornadas, teniendo por norte el ofrecimiento que de los méritos por él alcanzados hace fray Cristóbal para lograr la conversión de una señora llamada doña Ana de Treviño, poseída de la idea de que Dios no puede perdonarla; alcánzala por ese medio, para ser por su parte, al punto mismo, atacado de la lepra, y a pesar de tan asquerosa enfermedad, que le ha desfigurado el rostro, no es obstáculo para que sea elegido prior y luego provincial de la Orden en México, hasta que al cabo de trece años de sufrirla, muere en olor de santidad, tanta, que el Virrey en persona carga su cuerpo para darle sepultura y que el pueblo todo se disputa a porfía sus despojos a fin de guardarlos como reliquias (1).

(1) *El Rufián dichoso* y *El Rufián viudo*, también de Cervantes, han sido reimpresos en esmerada edición, con notas y un estudio preliminar, por mi amigo don Joaquín Hazañas y la Rúa, Sevilla, 1906, 4.º

En Francia, Mauricio Barrés le ha dedicado algunas líneas en *Un ama-*

Otro personaje mexicano altamente reverenciado en su patria y puesto en el número de los santos fué fray Felipe de Jesús, cuya historia resumiré en pocas líneas.

Su apellido era Casas, y había nacido en México; en Puebla de los Angeles tomó el hábito franciscano, y después de abandonarlo, sus padres le enviaron a Filipinas, donde de nuevo, en Manila, ingresó a aquella Orden. Hacía viaje a Nueva España para ordenarse, pero con ocasión de haber tenido que recalar el navío en que iba en un puerto del Japón, fué alanceado allí con otros de sus compañeros en los primeros días de enero de 1597. Declarado mártir por el papa Urbano VIII, en 1629, Casas y sus hermanos en religión sólo vinieron a ser canonizados solemnemente por Pío IX el 8 de Junio de 1862.

Pues éste dió tema á una comedia, obra de un «ingenio insigne», según reza su título, que consta fué representada en el coliseo de la capital de aquel virreinato por la compañía de don Agustín de Vidarte el 5 de febrero de 1729, seguramente con ocasión de celebrarse allí entonces la noticia de su canonización; pero tal pieza, cuyo manuscrito poseyó don Agustín Durán en Madrid, ha quedado inédita y se ignora hasta el presente quien fuera su autor.

teur d'âmes, muy hermosas, aunque basadas en un concepto inexacto del argumento de la pieza, cual es, el suponer que doña Ana de Treviño había sido amante de Lugo y que, a tal título, le cede sus buenas obras para que gane el cielo; con lo que, como observa Paolo Savj López, restableciendo la verdad, «si este sacrificio ofrecido por una desconocida aumenta su mérito a los ojos de Dios, disminuye el organismo dramático a los ojos del público».

Este mismo escritor, en páginas brillantes, ha condensado el drama cervantino, para llegar a la conclusión de que «como organismo teatral, *El Rufián dichoso* no se mantiene en pie», y que «esta comedia de santos sólo tiene valor por lo profano que contiene».

En mi estudio intitulado *Cervantes americanista* he creído demostrar que la fuente de donde tomó el gran ingenio el argumento de su pieza fué la obra que indico en el texto, y que, por tanto, la fecha de su composición debe referirse a muy poco después de 1596, año en que salió a luz.

También anónima es la llamada *Iris de Nueva España* (Nuestra Señora de Guadalupe), cuyo argumento es fácil persuadirse que no debió de ser otro que la tantas veces celebrada aparición de la Virgen pintada en la tilma de Juan Diego, que si bien hoy ya ni siquiera sus más celosos partidarios la admiten, dió motivo á que la devoción del pueblo levantase en su conmemoración el suntuosísimo templo que se llama la Colegiata de Guadalupe, á unos cuantos quilómetros de la capital mexicana.

También puede alegar el Nuevo Reino de Granada, si no haber sido cuna, el haber hospedado durante algún tiempo al primer santo de los que vivieron en América, el valenciano San Luis Bertrán, en celebridad de cuya canonización por Paulo V, su patria celebró, entre otras fiestas, un certamen poético en el que hizo de secretario Gaspar de Aguilar, que escribió con tal motivo su comedia de la *Vida y muerte de San Luis Bertrán*, impresa con la relación de las fiestas en 1608, en la que se hallan reminiscencias de la estada del santo en América, como no pudo menos de ser cuando sabemos que en su *Historia*, escrita por fray Baltasar Juan Roca e impresa en aquel mismo año, se cuenta en cinco capítulos «De cómo pasó el Santo á las Indias; de las maravillas que el Santo hizo en las Indias; en que se prosigue las cosas de Indias; de muchas cosas notables que se han hallado en dos procesos que del Santo se hicieron en Indias; y de cómo se volvió el Santo a España».

El autor de la pieza había nacido hacia los años de 1568, y por la época en que la daba á luz empezó á gozar de gran reputación como dramaturgo, especialmente por *El Mercader amante*, que Miguel de Cervantes citó con aplauso en la Primera Parte de *Don Quijote*, elogiando después su «agudeza» en el prólogo de sus propias *Comedias* y consignándole también un recuerdo en el *Viaje al Parnaso*: elogios que había de repetir Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*.

Siguiéronle en el tema, Jacinto Alonso de Maluenda, nacido en fines del siglo XVI y que consta vivía aún en 1656, con

su comedia de *San Luis Bertrán*, que el bibliógrafo don Vicente Ximeno cita como impresa en tirada por separado, á cuya causa ha llegado á hacerse de extremada rareza; don Agustín Moreto y Cavana con otra así llamada también, que no menciona entre las de ese autor el prolijo Barrera y Leirado, pero de la cual existe ejemplar en el Museo Británico; y don Francisco de la Torre y Sevil, caballero de la Orden de Calatrava, literato muy conocido por su traducción de las *Agudezas de Juan Owen*, cuya segunda parte se publicó cuando ya era muerto, y que puso por título á su comedia *San Luis Bertrán, ó la batalla de los dos*, que salió impresa en *Luces de la Aurora, Días de Sol*, etc., Valencia, 1665.

Sabido es que el Perú colonial fué tierra abundante en santos y venerables: aquí están, en efecto, entre ellos, Santo Toribio Alfonso Mogrobejo, San Francisco Solano y Santa Rosa de Lima, y de los últimos, fray Nicolás de Aillón, fray Francisco Camacho y el historiado por Colombo con el título de *El Job de la Ley de Gracia*, que en su religión se llamó fray Pedro Urraca, y que sirvió también de argumento para una comedia de aquel nombre escrita por don Narciso Agustín Solano y Lobo, (literato de mediados del siglo XVIII), que nunca llegó a publicarse.

Del primero escribió don Antonio Tello de Meneses su *Pastor más vigilante: Santo Toribio Mogrovejo, ó el Sol en el Nuevo Mundo*, ajustándose en el título y mostrando así á las claras que el original que le sirvió para su pieza fué el libro de don Francisco de Montalvo, impreso en Roma, en 1683, comedia que quedó sin pasar a los moldes y de cuyo argumento nada puedo decir en particular; siendo todo lo que se sabe del autor, que había nacido en Castilla y que escribió ésta y otras piezas, también inéditas, durante los años de 1711 á 1734.

Santa Rosa de Lima pasó igualmente a las tablas en una pieza anónima é inédita, intitulada *Rosa de Santa María*, que cita Barrera y Leirado, y con el de *Santa Rosa del Perú* por el justamente célebre don Agustín de Moreto, de quien vimos

ya que había escrito otra de santo americano, género de que gustaba por extremo, hasta el punto de que suyas son no menos de ocho comedias más de la misma índole, cuyos títulos sería ocioso recordar. Huelga en estos apuntes decir algo de la vida de Moreto, personalidad conspicua en la literatura dramática española.

No está hasta ahora bien averiguado cuándo saliera por primera vez en letras de molde esa pieza. La edición más antigua que de ella se conoce es la que se halla en la *Segunda Parte de las Comedias . . .*, impresa en Valencia, en 1676, en la cual expresamente se advierte por uno de los aprobantes, que esas comedias corrían «ya impresas y aplaudidas en diferentes tomos». La de que me valgo para el extracto del argumento que paso á hacer está en tirada por separado y lleva en el colofón la noticia de que salía en Valladolid por la imprenta de Alonso del Riego, pero sin dar fecha. Adviértase que en el título se dice que esta «comedia famosa» es de Moreto, pero que Barrera y Leirado apunta que el gran dramaturgo sólo tenía escritas al tiempo de su fallecimiento, ocurrido en octubre de 1659, las dos primeras jornadas y que la tercera y última la redactó don Pedro Francisco de Lanini y Sagredo.

No es difícil atinar con la fuente de que Moreto tomara los datos para la composición de su comedia, pues en la fecha en que escribía se habían publicado no menos de tres biografías de aquella insigne limeña, dos de ellas en latín por fray Leonardo Hansen y fray Antonio González de Acuña, y una en italiano, del maestro fray Juan Domingo Lioni.

Sacando de allí las líneas principales, nos presenta á don Juan de Toledo, joven de gran linaje y no menores riquezas, que ha obtenido de Gaspar Flores, hombre bien nacido y honrado, pero pobre, que le otorgue la mano de su hija Rosa, a cuya casa se dirige, para celebrar tan fausto suceso, acompañado de su amigo don Gonzalo y de músicos que cantan y celebran la hermosura y virtud de su prometida. Al llegar á la casa son recibidos por Bodigo, criado de Rosa, que viene

á ser el gracioso de la pieza, de bien poca gracia, por cierto, que les pinta la vida que lleva su señora. Y ya desde estos principios se hace aparecer en escena al Demonio, que pasa á ser uno de los protagonistas y el inspirador de todo el escaso enredo que se va a poner en juego, de manera tan burda, por lo demás, que luego de asomar por un escotillón y de manifestar sus intenciones respecto de Rosa, concluye por darle un empellón, á tiempo que baja un ángel á detenerle.

Luego se presenta Flores á comunicar á su hija el otorgamiento que ha hecho de su mano, que espera aceptará sin réplica, como hija obediente, cesando con eso su pobreza y ella en el trabajo de sus manos, único sostén de la familia; á lo que le replica, que ha decidido dedicar su castidad a Dios y que no desea riquezas que la saquen de su estado. Advértele entonces su padre que el enlace se ha hecho ya público en Lima y que esa misma noche llegarán a su casa el novio y sus amigos a hacerles la primera visita. Así ocurre en efecto: Flores presenta á su hija á don Juan, que con palabras rendidas se le ofrece; calla Rosa por un momento, y ante una interrogación de su padre, contesta que ya no tiene acciones propias ni palabras, porque es toda de quien es su Dueño; y una vez solos los desposados, Rosa le habla así á don Juan:

Señor don Juan: la fineza
con que por gusto ó lisonja
ó aprehensión me habéis querido,
os quiero pagar con otra.
La mayor que una mujer
hace por quien la enamora
es ahorrar al desengaño
la dilación y la costa.
Vos, lleno de los blasones
que vuestra sangre coronan,
tenéis igual la riqueza
al crédito que os adorna;

y con toda la opulencia
abatís vuestra persona,
siendo yo tan desigual,
á escogerme por esposa.
Yo soy una mujer pobre
y humilde, y aunque notoria
mi hidalga limpieza, oscura,
por ser mi fortuna corta.
Con que no queda motivo
para elección tan impropia
sino la vana opinión
que me da el vulgo de hermosa.
No disputo si lo soy,
que, el serlo ó nó, poco importa,
pues la ley de la hermosura
hay gustos que la derogan.
Y aunque la hermosura es prenda
con que los yerros se doran
que han hecho en el mundo muchos,
es menester, cuando es sola,
que haya amor en la hermosura
que ella amante corresponda,
porque si nó, es mucho el precio
y nada lo que se compra.
Esto supuesto, don Juan,
siendo mi suerte tan corta,
era menester suplirla
con amor, y que mis joyas,
fuesen cariños y halagos:
yo me hallo en este estado ahora
de no poderos querer,
ni esperarlo, ni hallo forma
de imaginarlo; mirad
si me queréis por esposa?

JUAN.—Para poder responderos
me dad licencia, señora,

de preguntaros la causa
de aversión tan rigurosa.

ROSA.—Como vos me deis palabra
con vuestra fe generosa
de desistir del empeño
y hacer vuestra la victoria,
sin que en ello de mi padre
la noticia se interponga,
yo os la diré llanamente.

JUAN.—Si es causa justa es forzosa
la aceptación de tu padre.

ROSA.—¿Me la dais en esa forma?

JUAN.—No lo puedo yo negar.

ROSA.—Pues mirad si causa sobra
á mi corazón, que amante
tiene dueño á quien adora
y a quien ha dado palabra
y mano de ser su esposa:
yo soy de este amor esclava;
considerad vos ahora
si os estará bien casaros
con quien por su misma boca
confiesa en vuestra presencia
el amor de otra persona.

A este punto se presenta el Demonio, embozado, para que don Juan pueda pensar que es él el amante á que se refiere Rosa; piénsalo así y se retira furioso, jurando de matarle donde le encuentre.

La jornada segunda se inicia con la pintura que don Juan hace de los celos que le abrasan y de la inutilidad de sus esfuerzos para hallar aquel hombre; y, á su vez, el Demonio cuenta que la tenacidad de Rosa se ha sobrepuesto á la voluntad de su padre, hasta conseguir que desista de aquel casamiento

y que de Dios la dejen ser esposa;

para cuyo intento ha tomado ya el hábito de tercera dominicana; aborda á don Juan para referirle cuán tiranizada la tiene aquel que ella se precia de amar, obligándola á que mortifique su cuerpo con ásperas penitencias y sin concederle más de dos horas de sueño, en una cama formada por dos desiguales leños. A ese tiempo llega don Gonzalo, quien felicita á don Juan por verle de nuevo en aquella casa y desengañado, según finge, asegurándole que, al dejarlo Rosa por Dios, le venera y no le agravia; retírase don Juan con el Demonio, para dar entrada á Gaspar de Flores, quien pinta el sobresalto en que se halla por la fama de santidad que comienza á atribuirse á su hija:

Este es mi mayor cuidado,
 pues por esas voces anda
 mi casa en lengua de todos,
 y su crédito en balanzas.
 Unos dicen que no es buena,
 que su devoción es falsa;
 otros, que hace su flaqueza
 visiones imaginarias.
 Otros, que estoy en peligro
 de que la lleven mañana
 á la Inquisición, y quede
 sin honra toda mi casa.... (1)

Refiere en seguida la aprobación que la conducta de Rosa merece a sus confesores el doctor Juan del Castillo y el maestro Lorenzana y los extremos á que lleva sus penitencias corporales, que luego el autor nos presenta premiadas con can-

(1) Y en esa sospecha no andaba Flores descaminado, pues de documento fidedigno que he dado a conocer en mi *Inquisición de Lima*, ese Tribunal se manifestó sospechoso de la efectividad de los prodigios que se atribuían a la futura santa.

tos de los ángeles y la aparición de una imagen de Cristo, ante la cual Rosa se va elevando, y aquélla descendiendo hasta juntarse ambas; pero el Demonio no ceja y al notar que Rosa deja abierta la puerta de la habitación aislada que ella se ha hecho fabricar, permite que en su sueño la tienten la Vanidad, la Presunción, el Amor Propio y la Lascivia; y luego introduce hasta allí á don Juan, que ha concluído por poner en sus manos la venganza. Dícele el Demonio:

Aquí la mayor venganza
es lograr vuestro amor fino,
la ocasión tenéis á mano
no temáis ningún peligro,
que las personas que veis
todas están á serviros.

Y don Juan, á su turno:

Ya llego, Rosa querida,
perdona mi mano osada,
que te busca deshojada,
cuando te encuentra dormida.
Tu hermosura me convida,
y ella el temor me previene;
la culpa, disculpa tiene,
pues á osadía tan loca
tu hermosura me provoca
y ella misma me detiene.

Y tal es, en verdad, el único momento dramático de la pieza, buscado, como se ve, por medios tan ficticios; pero la expectativa dura poco, porque á tiempo que don Juan va á tomar la mano á Rosa, ésta despierta, y al pedir amparo á Jesús, se hunden los Vicios, baja un ángel armado con una espada, que echa al demonio, se aparece el Niño Jesús, y don Juan exclama:

¿Qué luces, cielos, son éstas,
que exceden á los sentidos?
Sin mí y sin vista he quedado;
yo he perdido aliento y tino.
Rosa, ya mi error confieso
y tus virtudes admiro;
sáqueme tu intercesión
deste ciego laberinto.
que yo seré pregonero
de lo que he sido testigo.

Y á este punto había llegado Moreto en el desarrollo del argumento, que bien pudiera haber terminado así. La jornada que añadió Lanini es aún más exagerada en la intervención que concede á lo sobrenatural, tanto, que se inicia por un juego de dados entre Rosa y el Niño, en que éste, como ganancioso, le impone un dolor que ha de sufrir, interrumpido el diálogo á cada instante por la intervención de Bodigo,—del todo inaceptable por las chocarrerías que gasta en una escena de tal devoción para la gente á quien estaba destinada,—y que interrumpe la llegada de Flores, á quien Rosa pide le socorra ante la violencia del dolor que experimenta, que cree se le pasará si toma chocolate, que, en efecto, un criado de don Gonzalo, al cual se lo fué á pedir «un mancebo muy galán», se presenta luego trayendo. Y no paran en esto los prodigios: una cruz de rosas que teje la hija de Flores, se eleva y queda pendiente en el aire; se aparece otra vez el Demonio, que se propone, según advierte, hacer que don Juan de Toledo mate á Gaspar de Flores, después de persuadirle que éste trataba de asesinarle; así lo intenta, pero al sacar la daga, le sale Rosa al encuentro con una cruz muy grande al hombro, é hincada una rodilla en el suelo, le expresa que fué ilusión lo que pensó su enojo; desiste don Juan de su intento, y, arrepentido, ofrece enmendarse para acabar su vida lejos de las vanidades del mundo.

Lo restante de la pieza es todo de prodigios aun más es-

tupendos, entremezclados con algún percance de Bodigo, á quien el Diablo, en lugar de alcorzas de dulce, se las da de yeso: prodigios que terminan por la aparición de Cristo, la Virgen y Santa Catalina de Sena, para asistir, entre músicas, al fallecimiento de Rosa, que presencian también Flores, don Juan, don Gonzalo y Bodigo.

Basta esta exposición, me parece, para convencerse de que tal pieza, á lo divino, sólo pudo gustar á un público esencialmente devoto, como si dijéramos que serviría hoy para una representación teatral en un convento de monjas, y que menos mal estaba como la dejó Moreto, pues su continuador forzó la nota sobrenatural; á la pintura de la heroína, añadió retoques de gusto detestable; torció el arrepentimiento en que quedaba don Juan, y á sus intentos humanos agregó el absurdo de una intentona de asesinato sin base alguna.

Así como en México se creyó tener la milagrosa aparición de la llamada Virgen de Guadalupe, también en el Perú se contaba que en el pequeño pueblo de Copacabana, situado en una de las islas del Titicaca y principal centro del culto que los aborígenes tributaban al Sol; se había realizado otro hecho sobrenatural en la manera con que se vió retocada una tosca imagen de María, labrada por un indio, que se llevaba la devoción de las gentes, según se encargaron de divulgarlo por el mundo dos libros, el uno de fray Hipólito Marracio, escrito en latín, y el otro del agustino fray Fernando de Valverde.

Tal fué el tema,—cosa increíble parece,—que hubo de informar la pluma del gran don Pedro Calderón de la Barca para escribir su comedia de *La Aurora en Copacabana*, que se publicó en 1672, inserta en la *Cuarta Parte* de sus comedias. El asunto era de todo punto inverosímil de por sí, y para desarrollarlo el eximio dramático hubo de incurrir en anacronismos estupendos, contando sin duda con la ignorancia del público á que se dirigía, pero que en ningún caso pudo llegar hasta el extremo de suponer que los conquistadores arribaran por mar á aquel teatro en que se

desarrollaba la escena y que su primer descubrimiento fuera el de una laguna situada en lo más alto de las cordilleras del Perú. Y todavía, como si eso no fuera bastante, ¡qué absurda amalgama de personajes! Ahí es el andar en buena conversación Guáscar Inga con Yupangui, indio que hace de galán, y como nombres de otros de ellos, nos da los de Guacolda, sacerdotisa del Sol, Glaura, su criada, y Tucapel, marido de ésta, llamado á servir de gracioso: nombres los últimos,—no necesito apuntarlo,— tomados de *La Araucana*, y que revelan de por sí, si ya no lo hubiéramos comprobado en otras fuentes, cuan grande fué la influencia del poema erecillano en la literatura de su época.

Van los indios peruanos, encabezados por Guáscar, á celebrar en Copacabana, donde se supone tuvo lugar el nacimiento de la dinastía de los Incas, el venturoso día aniversario de las edades del Sol, que fueron gloria suya, á tiempo que se ve aparecer á lo lejos una nave, que tripulan unos treinta españoles, entre ellos Pizarro, Almagro y Pedro de Candia, cuya aproximación sale á anunciar al Inca la sacerdotisa Guacolda, y que a su vista, se enamora de ella. Arriban luego los españoles y levantan allí en lo alto una tosca cruz formada por dos troncos de árboles; sorpréndenles los indios, que huyen ante el espectáculo de la cruz, que despide de sí tales fulgores, que los ciega. Tratan entonces de que los despedacen las fieras que llevan enjauladas para inmolar, pero, lejos de eso, el tigre y el león les acarician, para retirarse en salvo, llevándose á Tucapel á España. Alarmados ante tales prodigios, resuelven los indígenas ofrecer sacrificios á sus dioses, tocándole en suerte á Guacolda ser la víctima elegida para ello, pero que Guascar y Yupangui, su amante, tratan de escapar, sin que aquél sepa la pasión que la sacerdotisa y su favorito comparten. Sale luego á escena la Idolatría, que les aconseja persistir en sus ritos, y á ese propósito, perora Guáscar á su pueblo y le habla de «aquellas ya confundidas noticias» que en tiempos pasados se oyeron en todo el Perú de un Tomé ó Tomás, que anunciaban

que en los brazos de la Aurora
más Pura, el Hijo heredero
del gran Dios había venido,
luz de luz al universo.

En la segunda jornada, ya tenemos de nuevo á los españoles, sitiados por los indios en el Cuzco, que impotentes para vencerlos, han trasladado las estatuas de sus dioses á Copacabana, y resuelven prender fuego al templo en que Pizarro y sus compañeros se defienden valientemente, y cuando ya se ven próximos á perecer asfixiados, baja de lo alto una nube en forma de trono y en ella dos ángeles que cargan la imagen de Nuestra Señora de Copacabana con el Niño en sus brazos, nube que está nevando hasta apagar el incendio, á la vez que despide «un suave polvo de menuda arena blanda» que ciega á los indios, que determinan, así, retirarse á Copacabana.

Cuéntase en seguida la escapada de Guacolda y de cómo se halla asilada, disfrazada de villana, en la choza de Glauca, donde la descubre Tucapel, que va á denunciarla al Inca, quien, como fuera sabedor de los amores que tenía con Yupanqui, ordena que ambos sean sacrificados, sin lograrlo, pues se aferran de sendas cruces, de que no pueden ser arrancados, ni hay medio tampoco de flecharlos, pues de nuevo un menudo polvo les ciega, á tiempo que ya llegan allí también los españoles.

En este punto concluye la segunda jornada, para no verse más aparecer en escena á otros protagonistas que á Yupanqui y Guacolda; en cambio, salen el Virrey Conde de la Coruña y don Jerónimo Marañón, gobernador de Copacabana, quien refiere que las dos parcialidades que dependen de su mando, los urisayas y anasayas, se hallan divididas sobre cual ha de ser la advocación que se ha de dar al templo próximo a inaugurarse, si la de San Sebastián o de la Virgen María, pues para que ésta lo sea, no se halla artífice que labre su imagen. Se encuentra al fin ese artífice en Yu-

panqui, ya convertido al catolicismo en unión de su esposa Guacolda, que ahora se llama Inés. Labra, en efecto, una de barro, que resulta disforme; luego, otra de madera de corazón de maguey, que tenía ya terminada y lista para mostrarla al pueblo, después de trabajar oculto en una pieza durante largo tiempo, cuando Tucapel, llevado allí por la Idolatría, logra penetrar á la estancia y al verse sorprendido, tropieza con la imagen y la destroza, de tal modo que los que habían de juzgar de su mérito, sólo hallan los pedazos; sin desalentarse, resuelve dar cuanto posee, incluso las alhajas de Inés, que se las ofrece espontáneamente, para que un pintor que se hallaba en La Paz dorando el retablo de la iglesia de San Francisco se los aderece y restablezca la imagen hasta dejarla que parezca una ascua de oro; carga esos fragmentos, muy a su pesar, Tucapel; el artista se resiste en un principio, pero cede al fin ante la devota insistencia del indio; para contar en seguida la Idolatría cómo, restaurada ya la imagen, es depositada, para librarla de algún otro accidente, en la celda de fray Francisco de Navarrete, que mora en la aldea de San Pedro. Allí van á verla el Virrey y el Gobernador, pero antes de que lleguen, dos ángeles han bajado del cielo con paletas, colores y pinceles, que van retocando la estatua hasta dejarla convertida en la de Nuestra Señora con el Niño en los brazos; y como si tales prodigios fuesen todavía pocos, he aquí que el Virrey, al ponerles las coronas que tenía ofrecidas, observa á Yupangui que habría sido mejor que la puesta en la cabeza del Hijo no cubriese á la Madre el rostro, y en el punto mismo «aparta la Imagen el brazo derecho y deja en el lado izquierdo el Niño, que le tenía con las dos manos, y queda con la mano derecha desocupada»

Concluye la pieza con el estallido de la Idolatría y la relación breve que hace Guacolda de los prodigios que en enfermos, tullidos y ciegos comienza á obrar la imagen; con la conversión de Tucapel y las muestras de alegría que da el Virrey por haberse descubierto durante su gobierno tal te-

soro, que es llevado en procesión al templo, con acompañamiento de músicos, que cantan:

Venturosa la mañana,
que en duplicado arrebol
nos nace con mejor Sol
la Aurora en Copacabana.

¿Qué comentario ni crítica cabe después de tales disparates? Sí: el de ver confirmado una vez más hasta qué punto los autores dramáticos de aquel tiempo contaban con la ciega credulidad del público para quien escribían, y el de deplorar el derroche intelectual de tan notables ingenios, que en otro campo hubieran podido, mejor inspirados, dejarnos obras que serían seguramente de aplaudir.

Al número de las comedias que tratan de santos o asuntos religiosos deben agregarse otras dos, cuyos títulos,—lo único que de ellas se conoce,—así parecen indicarlo: *El apostolado en las Indias y martirio de un cacique*, de don Eusebio Vela, manuscrito de mediados del siglo XVIII que estaba en la biblioteca del Duque de Osuna; y el *Mágico mejicano*, de Campo, que sin otros detalles aparece mencionada por Barrera y Leirado. En abono de que en ésta se tratara de un tema religioso, de los milagrosos hechos de alguno tenido por santo, baste con recordar que tal dictado de mágico, en su valor de «estupendo, maravilloso», se daba antaño a los taurmurgos, de lo que la propia dramática española nos ofrece más de un ejemplo.



IV

SUCESOS VARIOS

Una tragedia olvidada: *Atahualpa*, de D. Cristóbal María Cortés.—Con la terminación de la conquista en América se cierra el período de los sucesos heroicos y ya no se ofrecen para el teatro personajes dignos de celebrarse en las tablas.—Uno que otro hecho aislado se presenta aún como tema para los dramáticos.—Entre ellos, la pérdida y restauración de la Bahía de Todos Santos, que sirve de argumento á Lope de Vega para su *Brasil restituído*.—Carácter esencialmente histórico de esta pieza.—Se exagera en ella la nota religiosa.—Otra comedia del portugués Juan Antonio Correa al mismo asunto.—Noticia de una traducción española de la *Alzira* de Voltaire.

Olvidada fué por Barrera y Leirado la tragedia que don Cristóbal María Cortés, vecino de Tudela (que es todo lo que de él ha llegado a mi noticia) escribió en celebridad del nacimiento de los infantes Carlos y Felipe, premiada por la Villa de Madrid en certamen público y que lujosamente impresa por don Antonio de Sancha, el más notable tipógrafo español de su tiempo, salió allí de los moldes el año de 1784. Y desconocida hubiera quedado también para mí, si una casual oportunidad no la hubiera traído a mis manos, desgra-

ciadamente cuando ya estaban tirados los pliegos de la parte de este estudio relativo a las piezas dramáticas basadas en la historia del Perú... Con todo, doile lugar en este punto, porque peor sería no consignar de ella alguna noticia, a la que es por demás acreedora.

Se intitula *Atahualpa*, consta de cinco actos y está escrita en verso libre. El argumento resulta tomado por entero de la obra del Inca Garcilaso de la Vega, variando algunas circunstancias del relato de éste y añadiendo otras de propia cosecha del autor, «así por cumplir con las leyes del Teatro, como por darle movimiento al drama», según cuida de declararlo en el prólogo que precede a la pieza.

La trama gira al rededor del propósito de Atahualpa de quedar por único soberano del Perú, a cuyo intento no trepida en hacer dar muerte a todos los miembros de la familia de su hermano Huáscar, el legítimo sucesor en el trono del imperio, dilatando hasta lo último la vida a él, a su mujer Varcay y a su hija Cují, para que resulte aun más amargo el trance de su suplicio. En el hecho, sin embargo, se propone conservar a la mujer de su hermano, de quien se halla enamorado, pero la cual rechaza indignada los indicios de aquella pasión que le manifiesta de manera más o menos desembosada. Cují, consagrada a ser sacerdotisa del Sol, despierta, por su parte, las pretensiones a su mano del general Quizquiz, brazo derecho de Atahualpa.

En este estado las cosas, llegan a Cajamarca, teatro principal de los sucesos, Pizarro, Almagro y sus soldados, a quienes denuncia Varcay la usurpación que comete Atahualpa y el peligro inminente que amenaza a Huáscar. Los recién llegados acogen con empeño su defensa y se proponen desde ese instante descubrir el paradero de Huáscar, que ha sido alejado de allí con orden de su hermano de que sea sin más demora sacrificado, ante el temor de que los españoles puedan restituirle en la posesión del trono de que ha sido despojado, pero sus diligencias sólo logran descubrir su cadáver. Indignados de semejante alevosía, traban combate con los solda-

dos peruanos y logran dar muerte a sus principales generales,
entre ellos Quizquiz, y, por fin,

voló un dardo cruel, mal dirigido
infelizmente por robusta mano,
y al Inca pasó el pecho...

Vareay y su hija, al saber la muerte de los dos hermanos, Huáscar y Atahualpa, resuelven recluirse en un templo, consagrando al culto del Sol el resto de sus días; y Pizarro y los suyos dirigirse desde allí al Cuzco para adueñarse de todo aquel vasto imperio.

De manera palmaria faltaba así el autor a la verdad de los hechos, tan conocida, que no necesito recordarla, y él mismo no podía menos de reconocerlo paladinamente en el prólogo, pretendiendo excusarse con que la muerte de Atahualpa se produjo por un accidente fortuito. De manera implícita, sostenía, pues, que debía condenarse el procedimiento de Pizarro, alegando en disculpa que «nuestros conquistadores deben ser de un carácter correspondiente a la grandeza de la acción, y cualquiera defecto sería borrón, por más que la historia lo apoye; así, el único motivo que de parte de éstos aparece, es la defensa de un rey oprimido y el deseo de restablecerle en el trono». Todavía en el texto se propuso paliar el proceder del caudillo español, poniendo en su boca las siguientes palabras:

PÍZARRO.

Hallo en mí mismo:
un horror que me sirve de embarazo.
Atahualpa, es verdad, es delincuente:
siendo sólo ilegítimo y bastardo,
al legítimo arroja de su trono
y le arrebató el cetro de su mano;
usurpa el reino; mata al heredero;
junta la crueldad y el desacato,
y no hay crimen alguno el más horrendo

que no haya cometido; pero, Almagro,
 Atahualpa es monarca. Yo le encuentro
 gozando del carácter soberano,
 y un rey siempre es un rey. Este atributo
 ha sido tan sublime y elevado,
 que no deja que nadie se le acerque
 sino para el respeto. Es un sagrado
 que el enemigo mismo reverencia
 y no le deja ver que es su contrario.
 La vida de los reyes ha corrido
 siempre a cargo del Cielo. A su resguardo
 sabe velar sagrada providencia
 con especial auxilio y fiel cuidado.
 Atreverse a juzgarlo es delito
 de tanta gravedad y de horror tanto,
 que la causa más justa es sacrilegio,
 y el que se determina es un tirano.
 La Suprema Deidad que da el imperio,
 el quitarle también se ha reservado;
 y si quiere que ilustre su evangelio
 de este altivo dominio el vasto espacio,
 ya lo sabrá lograr sin que nosotros
 con la sangre de un Inca nos tiñamos.
 No, amigo, no: resérvese Atahualpa.

ALMAGRO.—Pues si preso le tienes, si ya has dado
 el paso más preciso...

PIZARRO. Fué forzoso.

ALMAGRO.—¿Y qué intentas ahora? ¿Libertarlo?

PIZARRO.—Un medio encuentro sin llegar a ese.

ALMAGRO.—¿Y cuál es?

PIZARRO. El que debe un buen vasallo.

Avisemos a España. El Rey glorioso
 que nos manda, y nos mande largos años,
 instruido de todo, dará el orden
 que juzgue conveniente. Obedezcamos,
 y no determinemos; que los reyes

son árbitros supremos: ilustrados
están de superior conocimiento
y los anima espíritu más alto.
A él sólo decidir le corresponde...

Pero las cosas no pasan así en definitiva; la historia queda al fin escarnecida y el drama palidece por completo en su desenlace. Justo es, sin embargo, reconocer que los caracteres están bien sostenidos, sobre todo el de Atahualpa, caviloso siempre, disimulado y refinadamente cruel; el lenguaje no carece de cierta elevación, aunque es con frecuencia afectado, especialmente en boca de Varcay, el personaje que en su pintura se aleja también más de lo real; y que la factura toda de la pieza, en general, es de corte clásico, que supera en esta parte a todas las de la misma índole que quedan recordadas.

Previo este forzado paréntesis, continuaré ahora con el hilo del estudio que voy haciendo.

Grupo por separado, puesto que no cabe en los anteriores, he formado con las comedias que se refieren á sucesos varios, por más que se trate de uno solo, que dió origen, es cierto, á dos piezas dramáticas, una del Fénix de los ingenios, y otra del portugués Juan Antonio Correa, como que en ese hecho estuvieron interesados y les cupo parte de esfuerzos y de gloria comunes España y Portugal.

Junto con acabar el siglo XVI y el reinado de Felipe II, había encontrado también su término casi en todas partes el período de la conquista en América con sus hazañas de titanes, cuyos nombres, en no escaso número, había recogido la historia para divulgarse luego, como hemos visto, llevados al escenario dramático. Vino en seguida el tiempo de la colonia y ya no se ofrecieron hazañas que celebrar en el vasto continente agregado á la Corona Real de España por el empuje de sus hijos. No tuvo, así, el teatro elemento alguno de que echar mano, si se exceptúa algún suceso ó personaje extraordinario que aparecieron de tarde en tarde, y eso en el primer cuarto

del siglo XVII y no más acá, siendo de este número las aventuras del Clérigo agradecido ó de la Monja Alférez, de que he dado noticia, y la pérdida y restauración de la Bahía de Todos Santos en el Brasil, cuando el Portugal y sus colonias formaban parte de la monarquía de los Felipes y que Lope llevó á las tablas aprovechándose una vez más de los elementos que á su genio de poeta y dramático le brindaron los sucesos y personajes de América y que por su número y su ejecución le señalan, cual no pudo menos de ser, como el primero de los de su patria.

Intituló su pieza *El Brasil restituído*, que concluyó de escribir en octubre de 1625, hilvanándola, según consta de la aprobación que el censor dió á ella, de la relación de uno de los principales actores en aquel suceso, para ser representada luego de haberse tenido noticia en Madrid de la victoria alcanzada sobre los holandeses, si bien hubo de permanecer inédita hasta ahora poco, en que fué insertada en el tomo XIII de sus obras editadas por la Real Academia.

Pero, en verdad, no puede dársele el nombre de comedia; Menéndez Pelayo opina que debe considerársela como una especie de loa; yo diría que no pasa de ser una relación dialogada en verso de aquel acontecimiento histórico, habiendo el autor necesitado para ello ocurrir repetidas veces á alegorías, que hoy no podrían tolerarse, ya del Brasil, que aparece en figura de india, ya de la Religión, de dama española, ya de la Herejía. El nudo dramático, basado siempre en el amor, apenas si existe: doña Guiomar, burlada por don Diego, noble portugués, revela á su padre el engaño de que ha sido víctima, lo que viene á enardecer más el propósito que, en unión de otros judíos como él, abriga de llamar á los holandeses para que funden allí una colonia, bajo cuyo dominio puedan verse libres de las persecuciones de que son blanco por la religión que profesan; y, en efecto, se casa con uno de ellos, que la acepta por mujer ya en estado de adelantado embarazo.

La primera jornada se cierra con la llegada de la armada holandesa; la gente de desembarco se apodera del pueblo y los moradores de éste huyen á los montes vecinos, desde donde hostilizan cuanto pueden á los invasores.

Los dos actos restantes están dedicados á relatar por menudo los donativos en dinero, y á enumerar los aprestos bélicos y los nombres de los soldados más notables de España y Portugal que van á tomar parte en la jornada; la navegación de la flota, su llegada á Todos Santos y los diversos incidentes que se siguieron hasta la expugnación del fuerte y su consiguiente rendición al General español. Hay en este último incidente una escena sumamente curiosa y que apenas acertamos á comprender si pudo idearse por un hombre del fuste de Lope, á no ser como rendido homenaje á la reyecía, pero que resulta simple niñería, cual es, que cuando al presentarse ante el caudillo de las dos naciones unidas el parlamentario holandés, «descúbrese el retrato de S. M. Felipe IV, que Dios guarde, amén», y le habla así:

Magno Felipe, esta gente
 Pide perdón de sus yerro;,
 ¿Quiere Vuestra Majestad
 Que esta vez los perdonemos?
 ¡Parece que dijo sí!

¿Risum teneatis?

Pero si no hay intriga ni pintura de caracteres, si exceptuamos, quizás, el tipo de Machado, que hace de gracioso y que con sus rasgos de valor no deja de despertar algún interés,—por más que sólo sea el del dinero el que lo anime,—si faltan, digo, esas y otras circunstancias que acrediten *El Brasil restituído* de una obra dramática, en cambio la relación que Lope hace de los sucesos reviste todas las circunstancias de histórica y contempla aún las más insignificantes menudencias que hubiera podido consignar un cronista, exagerando, eso sí, la nota del origen á que se debió aquella expedi-

ción holandesa, que la supone derivada de las instancias de los mismos judíos portugueses radicados en el Brasil, que de seguro la miraron con buenos ojos, hostigados como se veían por las tremendas y continuadas persecuciones de la Inquisición y que habían motivado de parte de ellos quejas que hicieron llegar hasta los mismos pies del Trono, pero que, en realidad, fué obra de la política de aquel tradicional enemigo de España, que para hostilizarla, después de rota la tregua entre ambas naciones en 1621, organizó en el año siguiente la llamada Compañía de las Indias Occidentales, con atribuciones propias tan omnímodas, que se la facultó para fundar colonias y hasta declarar la guerra. Salvo esta parte de la pieza, que era necesario exagerar para acomodarse al gusto del pueblo español de aquellos tiempos, dando figuración principal al elemento religioso y tratando de inspirar odio al nombre luterano, en lo demás las relaciones que del suceso tenemos concuerdan en un todo con los dictados de Lope. Menéndez Pelayo dió la enumeración de esas fuentes históricas y por mi parte advertiré que la española contemporánea del hecho y clásica en la materia es la *Restauración de la ciudad del Salvador, y Bahía de Todos-Santos* por don Tomás Tamayo de Vargas, que se imprimió en Madrid en 1628.

La otra comedia á que aludía, basada en el mismo hecho histórico, la intituló su autor *Pérdida y restauración de la Bahía de Todos Santos*, y más afortunada en esto que la del insigne dramático español, se imprimió en la *Parte treinta y tres de comedias nuevas*, en Granada, en 1670, libro que no ha estado á mi alcance, á cuya causa nada puedo decir de la obra de Juan Antonio Correa, ni, por tanto, de los puntos de contacto que tenga con la de Lope. Según Barbosa Machado, ese autor nació en Lisboa y pasó gran parte de su vida en España.

Queda dicho que dos de las comedias españolas que he analizado fueron traducidas al francés, y no debo dar remate á este estudio sin hacer mención de la traducción castellana de una pieza francesa en la que por algo figura la América;

aludo á la *Alzire* de Voltaire, vertida que fué en verso por don Bernardo María de Calzada e impresa en Madrid en 1788 con el título de *El triunfo de la moral christiana ó los Americanos*, sin dar el nombre del autor, temeroso, sin duda, y con razón, de que al saberse, fuera su obra mal mirada y quizás estigmatizada. La pieza francesa es lo bastante conocida para que necesite presentar aquí su análisis; limitémonos á recordar que la escena pasa en Lima y se desenvuelve entre españoles y peruanos,—americanos como se les llama,—y que en ella se procura «demostrar que la religión de un bárbaro consiste en ofrecer á sus dioses la sangre de los enemigos, y que la de un verdadero cristiano consiste en mirar á todos los hombres como á hermanos, haciéndoles bien y perdonándoles el mal»: tesis puramente abstracta, de desarrollo y corte clásico, pero sin base alguna histórica, y en la que el autor francés no pierde oportunidad de pintar la crueldad y la codicia de los conquistadores españoles, para llegar á un desenlace en que el caudillo de todos ellos, venciendo á sí mismo y sobreponiéndose á sus más encarnadas pasiones, concluye con rasgos de generosidad, desprendimiento y abnegación que le hacen superior á cuanto pudieron imaginar los de la raza vencida.